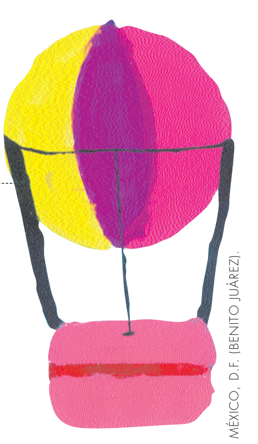


VICENTE BARRERA RAMÍREZ (8 AÑOS), ZACATECAS, ZAC.

Cinco semanas en globo*



KARLA ELIZABETH SÁNCHEZ CHÁVEZ (8 AÑOS), MÉXICO, D.F. (BENITO JUÁREZ).

"A las nueve, los tres compañeros de ruta subieron a la cesta; el doctor encendió su soplete y avivó la llama a fin de que produjera un calor rápido. El globo, que se mantenía en tierra con perfecto equilibrio, empezó a levantarse al cabo de unos minutos. Los marineros tuvieron que soltar un poco las cuerdas que lo retenían. La cesta se levantó unos veinte pies del suelo.

SABRINA TORRES TORTOLERO (8 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO.

—¡Amigos míos! —grito el doctor, de pie entre sus dos compañeros quitándose el sombrero—, demos a nuestra embarcación aérea un nombre que le traiga suerte: ¡Que sea bautizada con el nombre de *Victoria*!

Un hurra formidable resonó.

—¡Viva la reina! ¡Viva Inglaterra!

En aquel momento la fuerza ascencional del aerostato aumentaba prodigiosamente. Ferguson, Kennedy y Joe lanzaron un último adiós a sus amigos.

—¡Soltad todos! —gritó el doctor. Y el *Victoria* se elevó rápidamente por los aires, mientras los cuatro cañones del *Resolute* disparaban en su honor".



* Fragmentos tomados de: *Cinco semanas en globo*. Editorial Porrúa, México, 1971 (Col. Sepan Cuantos...). 130 p.



KARLA PAOLA DE LOERA VÁZQUEZ (6 AÑOS), ZACATECAS, ZAC.

"El *Victoria se* había acercado insensiblemente a tierra; prendió una de sus anclas en la copa de un árbol cercano a la plaza del mercado. Toda la población reaparecía entonces fuera de sus refugios; sacaban la cabeza con circunspección. Varios brujos fueron los primeros en avanzar.

Poco a poco la muchedumbre los imitó, las mujeres y los niños incluso, y los tambores resonaron con estruendo mientras las manos de los negros se tendían hacia el cielo, juntas en actitud suplicante.

—Es su manera de suplicar —dijo el doctor Ferguson; si no me equivoco, estamos destinados a jugar un gran papel.

—¡Bueno, señor, pues juéguelo!

—Tú también, mi querido Joe, tú mismo quizá te convertirás en un dios.

—¡Oh, señor, esto no me preocupa!, incluso el incienso me gusta.

En aquel momento, uno de los brujos, reconocible por sus adornos, hizo un gesto, y todo el clamor se apagó en un profundo silencio. Dirigió

entonces la palabra a los viajeros, pero en un lenguaje desconocido para éstos.

El doctor Ferguson, no comprendiendo lo que decía, pronunció al azar una palabra en árabe, e inmediatamente le contestaron en este idioma.

El orador prorrumpió en una larga arenga, muy florida, que todos escucharon atentamente; el doctor no tardó en darse cuenta de que el *Victoria* había sido tomado por la luna en persona y que el honor que les había hecho aquella amable diosa al dignarse acercarse a su ciudad con sus tres hijos no sería jamás olvidado en aquella tierra escogida por el sol.

El doctor contestó con gran dignidad que la luna hacía cada mil años una gira por la Tierra, experimentando la necesidad de mostrarse de más cerca a sus adoradores; les rogó, por tanto, que expusieran sin temor sus necesidades y sus deseos a la divina presencia. El mago contestó a su vez, diciendo que el Sultán, el "Mwani" estaba enfermo desde hacía mucho tiempo y solicitaba la ayuda del cielo, invitando a los hijos de la luna a bajar a visitarle.

El doctor comunicó la invitación a sus compañeros.

— ¿Vas a bajar a ver a este rey negro? — le preguntó el cazador.

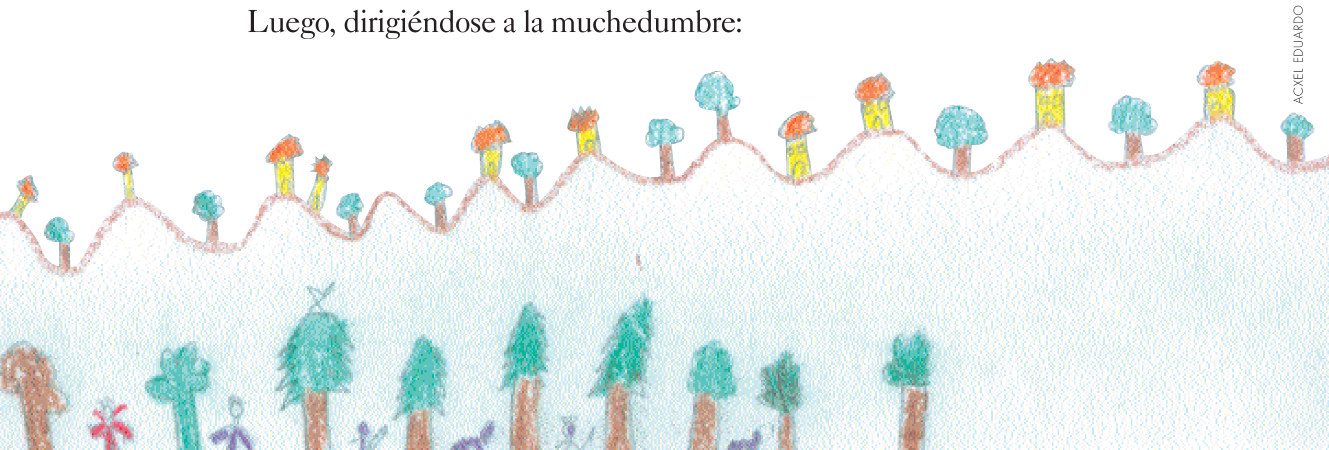
—Naturalmente. Esta gente me parece bien dispuesta; la atmósfera es calmada; no sopla la más ligera brisa. No tenemos nada que temer por el *Victoria*.

— ¿Pero qué vas a hacer?

— Puedes estar tranquilo, mi querido Dick; con un poco de medicina saldré de apuros.

Luego, dirigiéndose a la muchedumbre:

ACXEL EDUARDO AGUILAR MACÍAS (7 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO.



ACXEL EDUARDO AGUILAR MACÍAS (7 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO.



DIEGO ARMANDO VERDUGO JIMÉNEZ (10 AÑOS), LA PAZ, BAJA CALIFORNIA SUR.

— La luna, teniendo piedad por el soberano tan querido de los hijos de Unyamwezy, nos ha confiado el cuidado de su curación. Que se prepare para recibirnos.

Los clamores, los cantos, las demostraciones redoblaron y todo aquel vasto hormigueo de negras cabezas se puso en movimiento.

— Ahora, amigos míos — dijo el doctor Ferguson — , debemos estar prevenidos para todo; en un momento dado podemos vernos obligados a huir rápidamente. Dick permanecerá en la cesta y, por medio del soplete, mantendrá una fuerza ascensional suficiente. El ancla está sujeta sólidamente, no tenemos nada que temer. Voy a descender a tierra. Joe me acompañará; únicamente que se quedará al pie de la escalera.

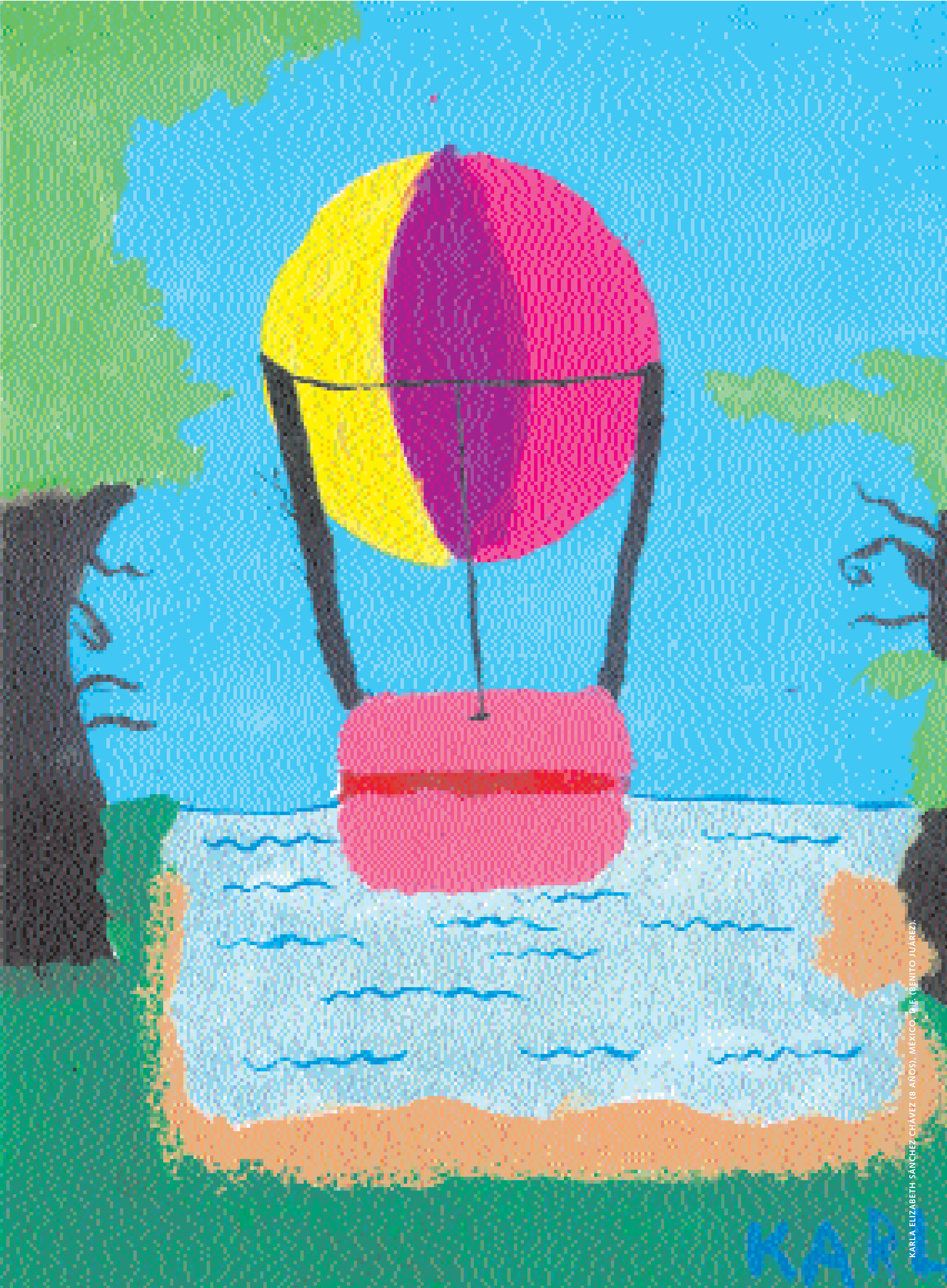
— ¡Cómo! ¿Vas a ir solo a ver a ese negrote? — dijo Kennedy.

— ¡Cómo, señor Samuel! — exclamó Joe — ; ¿no quiere usted que lo acompañe hasta donde va?

— No; iré solo; esta pobre gente se cree que su gran diosa la luna ha bajado a visitarles; estoy protegido por la superstición; por esto no debéis temer nada; que cada cual permanezca en el puesto que le he señalado.

— Ya que lo quieres así. . . — dijo el cazador.

— Vigila la dilatación del gas.



KARLA ELIZABETH SÁNCHEZ CHÁVEZ (8 AÑOS), MÉXICO, D.F. (BENITO JUÁREZ).

KARLA PAOLA DE LOERA VÁZQUEZ (6 AÑOS), ZACATECAS, ZAC.

— De acuerdo.

Los gritos de los indígenas aumentaron; reclamaban enérgicamente la intervención celeste.

— ¡Ya va, ya va! — dijo Joe — . Los encuentro un poco exigentes con su buena luna y sus divinos hijos.

El doctor, provisto de su botiquín de viaje, descendió a tierra, precedido de Joe. Éste, grave y digno, como convenía, se sentó al pie de la escalera, con las piernas cruzadas a la moda árabe y parte de la muchedumbre le rodeó en un respetuoso círculo".

"Los brujos y los jefes parecían muy animados, rodeaban al doctor, apretujándole, amenazándole. Extraño cambio. ¿Qué había pasado? ¿Había sucumbido el sultán en manos de su médico celeste? El globo, presionado por la dilatación de gas, tiraba de la cuerda, impaciente por elevarse en el aire. El doctor llegó al pie de la escalera. Un temor supersticioso retenía todavía al gentío, impidiéndole hacer uso de la violencia contra su persona; trepó rápidamente por la escalera, seguido de Joe.

—No tenemos ni un momento que perder —le dijo el doctor—. No intentes desatar el ancla, cortaremos la cuerda. ¡ Sígueme!

—Pero, ¿qué pasa?,—preguntó Joe saltando a la cesta.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó Kennedy, empuñando la carabina.

—Mirad —contestó el doctor señalando el horizonte.

—¿Qué? —preguntó el cazador.

—¿Qué? ¡Pues la luna!

La luna, efectivamente, se levantaba roja y espléndida como un globo de fuego sobre el fondo azul. Había la luna y el *Victoria*.

Entonces había dos lunas, o bien los extranjeros eran unos impostores, unos intrigantes, unos falsos dioses.

Éstas habían sido las reflexiones naturales de la multitud. Por esto cambiaron de actitud. Joe no pudo contener su risa. La población de



JESÚS GABRIELLE RAMÍREZ ZAMBRANO (7 AÑOS), PUEBLA, PUEBLA.

Kazeh, comprendiendo que se les escapaba su presa, empezó a dar gritos prolongados mientras los arcos y los mosquetes se dirigían hacia el globo.

Pero uno de los brujos hizo un ademán. Las armas se inmovilizaron; trepó por el árbol, con la intención de sujetar la cuerda del ancla y conducir el artefacto a tierra.

Joe se adelantó con un hacha en la mano.

—¿Debo cortar? —preguntó.

—Espera —contestó el doctor.

—Pero, ¿y este negro?

—Quizá podremos salvar nuestra ancla, y me interesa. Siempre estaremos a tiempo de cortar.

El brujo, al llegar a la copa del árbol, lo hizo tan bien que, rompiendo

JOSÉ EDUARDO MENDOZA MARTÍNEZ (6 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO.


LEONOR ALEJANDRA RAMÍREZ (11 AÑOS), ZAPOPAN, JALISCO.

las ramas, logró desasir el ancla, la cual, vivamente atraída por el aerostato, cogió al brujo por entre las piernas y se lo llevó por los aires, a caballo de aquel hipogrifo inesperado.

El estupor de la multitud fue inmenso al ver a uno de sus magos volar por el espacio.

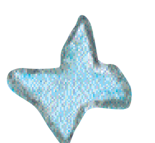
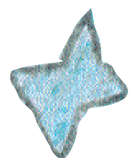
—¡Viva! —gritó Joe— mientras el *Victoria*, gracias a su fuerza ascensional, se elevaba con gran rapidez.

—Se aguanta bien —dijo Kennedy—; un viajecito no le hará daño.

—¿Es que vamos a dejar caer a este negro de golpe? —preguntó Joe.

—¡Y ca! —replicó el doctor—; lo depositaremos suavemente en el suelo y me parece que después de una aventura como ésta, su poder de magia aumentará singularmente entre sus coterráneos.

—Son capaces de convertirlo en un dios —exclamó Joe.

DAVID ANTONIO CASTAÑEDA (8 AÑOS), MÉXICO, D.F., (AZCAPOTZALCO).

MARÍA ISABEL CARMONA ORTA (6 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO.

El *Victoria* había alcanzado una altura de mil pies aproximadamente. El negro se agarraba a la cuerda con una terrible energía. No decía nada, y permanecía con la vista fija. Su espanto se mezclaba con la sorpresa. Una ligera brisa del Oeste empujaba el globo hacia fuera de la ciudad. Media hora más tarde, el doctor, viendo el país desierto, moderó la llama del soplete y se acercó a tierra. A veinte pies del suelo el negro tomó decididamente su partido y se lanzó; cayó de pie y huyó hacia Kazeh, mientras que, habiendo perdido el lastre imprevisto, el *Victoria* volvía a subir cielo arriba".



"Los tres viajeros decidieron que tocarían tierra en el primer lugar favorable. Harían un alto prolongado, y pasarían revista al aerostato. Moderaron la llama del soplete; las anclas lanzadas por fuera de la cesta rozaron las

SERGIO BAUTISTA CARRILLO (11 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO.

copas de los árboles de una pradera inmensa, desde cierta altura, parecía cubierta por una fina hierba a ras del suelo, pero en realidad aquella hierba tenía siete u ocho pies de espesor.

El *Victoria* rozaba aquellas hierbas, sin doblarlas, como una mariposa gigante. Ni un obstáculo a la vista. Era como un océano de verdor, sin ningún rompiente.

—Podríamos correr mucho tiempo así —dijo Kennedy—; no veo ni un árbol donde poder agarrarnos, la caza me parece incierta.

—Espera, mi querido Dick; no podrías cazar en estas hierbas más altas que tú, a la larga, ya encontraremos un sitio favorable.

En realidad era un paseo agradable, una verdadera navegación sobre aquel mar tan verde, casi transparente, con suaves ondulaciones al soplo de la brisa. Las anclas se hundían en un lago de flores y abrían un surco que se cerraba tras ellas como el surco de un barco.

De pronto el globo experimentó una fuerte sacudida; el ancla había topado sin duda con la grieta de alguna roca escondida bajo aquella hierba gigantesca.

—Estamos atorados —dijo Joe.

—¡Bueno, pues tira la escalera! —replicó el cazador.

No había terminado de pronunciar estas palabras, cuando un agudo grito retumbó en el aire y las frases siguientes, entrecortadas de exclamaciones, se escaparon de los labios de los tres viajeros.

—¿Qué ha sido?

—¡Un grito raro!

—¡Epa!, volvemos a volar.

—El ancla se ha desprendido.

—No, continúa prendida —dijo Joe, que tiraba de la cuerda.

—Entonces, será que arrastramos la roca.

Un gran tumulto se hacía debajo de las hierbas y pronto una forma sinuosa y alargada se elevó por encima de ellas.

KARLA ELIZABETH SÁNCHEZ CHÁVEZ (8 AÑOS), MÉXICO, D.F. (BENITO JUÁREZ).

LEONOR ALEJANDRA RAMÍREZ (11 AÑOS), ZAPOPAN, JALISCO.

—¡Una serpiente! —exclamó Joe.

—¡Una serpiente! —repitió Kennedy, cargando su carabina.

—¡Oh, no! —replicó el doctor—, es una trompa de elefante.

—¡Un elefante, Samuel!

Y al decir esto, Kennedy apuntó el fusil.

—¡Espera, Dick, espera!

—¡Sin duda el animal nos está remolcando!

—Pero por el buen camino, Joe, por el buen camino.

El elefante avanzaba con cierta rapidez; pronto llegó a un claro, en donde pudieron contemplarlo por entero; por su talla enorme, el doctor reconoció en él un macho de magnífica raza; tenía dos colmillos blanquecinos, de una curva admirable y que podían tener ocho pies de largo; las puntas del ancla habían quedado sujetas entre ellos.

El animal intentaba vanamente con su trompa desasirse de la cuerda que lo retenía amarrado a la cesta.

—¡Adelante, valiente! —exclamó Joe en el colmo de la alegría, excitando tanto como podía a aquel extraño tripulante—. Ésta es otra manera de viajar, mejor que a caballo, en elefante, si gustan ustedes".



"Entonces contemplaron un nuevo espectáculo; pudieron contar las numerosas islas del lago, habitadas por los biddiomabs, piratas sanguinarios muy temidos, y cuya vecindad es tan peligrosa como la de los tuaregs del Sahara. Estos salvajes se preparaban a recibir valerosamente al *Victoria*, a golpes de flechas y de piedras, pero éste pronto pasó de largo por encima de aquellas islas, sobre las cuales asemejábase a un gigantesco escarabajo volador.

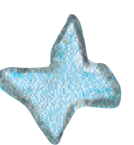
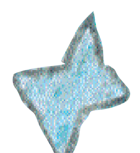
En aquel momento Joe escrutaba el horizonte y dirigiéndose a Kennedy, le dijo:

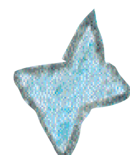
SABRINA TORRES TORTOLERO (8 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO.



SABRINA TORRES TORTOLERO (8 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO.

DAVID ANTONIO CASTAÑEDA (8 AÑOS), MÉXICO, D.F., (AZCAPOTZALCO).

— ¡Caramba, señor Dick, usted que siempre piensa en cazar, ahí tiene una buena ocasión!

— ¿Dónde, Joe?

— Y esta vez mi amo no se opondrá a sus disparos de fusil.

— ¿Pero, qué ves?

— Mire allí abajo, esta manada de grandes pájaros que se dirigen hacia nosotros.

¡Pájaros! — exclamó el doctor tomando los anteojos.

—¡Ya los veo! —asintió Kennedy—; hay al menos una docena.

—Catorce, exactamente —precisó Joe.

—Haga el cielo que sean de una especie bien mala para que el tierno Samuel no tenga nada que objetar.

—Yo no tendré nada que decir —contestó Ferguson—, pero preferiría ver estos pájaros alejarse de nosotros.

—¿Tiene usted miedo de estas aves? —preguntó Joe.

—Son gipaetas, Joe, y de gran talla; ¡y si nos atacan!...

—¡Bueno, pues nos defenderemos, Samuel! ¡Disponemos de un buen arsenal para recibirlos! No creo que estos animales sean tan terribles como eso.

—¿Quién sabe? —contestó el doctor.

Diez minutos después la manada estaba a tiro de fusil; los catorce pájaros ensordecían el aire con sus roncos gritos; volaban hacia el *Victoria*, más irritados que espantados por su presencia.

—¡Cómo gritan! —exclamó Joe—; ¡Qué alboroto! Seguramente no les conviene que invadamos sus dominios y que tengamos la osadía de volar igual que ellos.



SABRINA TORRES TORTOLERO (8 AÑOS), SALAMANCA, GUANAJUATO.



ANA LETICIA ESTRADA CARVAJAL (10 AÑOS), ZAPOPAN, JALISCO.

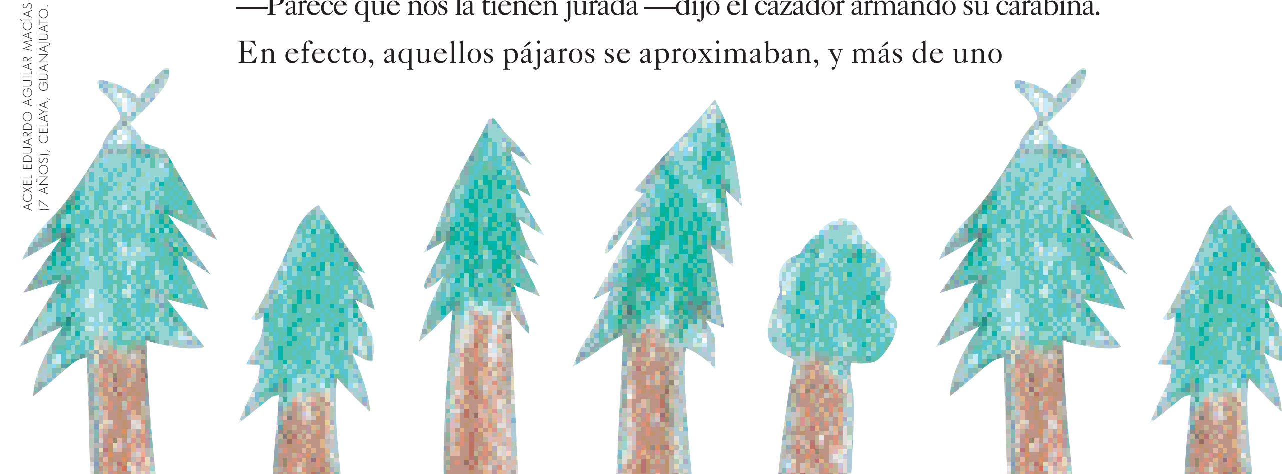
—A decir verdad —repuso el cazador— tienen un aspecto terrible y son tan de temer como si estuvieran armados con una carabina.

—Ni la necesitan —contestó Ferguson, que empezaba a ponerse serio.

Los gipaetas volaban trazando inmensos círculos, cuyas órbitas se iban estrechando poco a poco alrededor del *Victoria;* cruzaban el cielo con una velocidad fantástica, precipitándose a veces con la rapidez de una bala, cortando bruscamente en ángulo su línea de vuelo. El doctor, muy inquieto, decidió elevarse en la atmósfera para escapar a tan peligrosos visitantes, dilatando el hidrógeno del globo, que no tardó en remontar. Pero los gipaetas subieron igualmente con él, poco dispuestos a abandonarlo.

—Parece que nos la tienen jurada —dijo el cazador armando su carabina.

En efecto, aquellos pájaros se aproximaban, y más de uno



ACXEL EDUARDO AGUILAR MACÍAS (7 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO.

LEONOR ALEJANDRA RAMÍREZ (11 AÑOS), ZAPOPAN, JALISCO.

llegó a una distancia de menos de cincuenta pies, pareciendo provocar las armas de Kennedy.

—Tengo unas ganas furiosas de dispararles encima —dijo.

—¡No, Dick, no lo hagas! No los enfurezcamos más. Sería excitarlos a atacarnos.

—Pero pronto acabaría con ellos.

—Te equivocas, Dick.

—Tenemos una bala para cada uno.

—¿Y si se echan sobre la parte superior del globo, cómo los alcanzarás? Imagínate que te encuentras en tierra en presencia de una manada de leones, o de tiburones en medio del océano. Para unos aeronautas la situación es igualmente peligrosa.

—¿Hablas en serio, Samuel?

—Muy en serio, Dick.

—Entonces, esperemos

—Espera. Pero estáte preparado para caso de ataque, mas no dispares sin que yo lo ordene.

Los pájaros volaban apretados, entonces a corta distancia; podía distinguirse perfectamente su pelado cuello, tirante por el esfuerzo de sus gritos, su cresta cartilaginosa, que levantaban furiosamente. Eran del tamaño más grande; sus cuerpos medían más de tres pies de largo y la parte inferior de sus blancas alas resplandecía al sol; semejaban tiburones alados con los cuales tenían un enorme parecido.

—Nos siguen —dijo el doctor al ver que se elevaban con él— y por más que nos elevemos su vuelo los llevará más arriba todavía.

—¿Bueno, pues, qué podemos hacer? —preguntó Kennedy. El doctor no contestó.

ACXEL EDUARDO AGUILAR MACÍAS (7 AÑOS), CELAYA, GUANAJUATO.

KARLA PAOLA DE LOERA VÁZQUEZ (6 AÑOS), ZACATECAS, ZAC.

—Oye, Samuel —continuó el cazador—; estos pájaros son catorce; tenemos diecisiete disparos a nuestra disposición, haciendo uso de todas nuestras armas. ¿No hay modo de destruirlos o dispersarlos? Yo me encargo de un buen número de ellos.

—No dudo de tu destreza, Dick; ya doy por muertos a todos los que pasarán por delante de tu carabina; pero, te lo repito, por poco que se apretujen en el hemisferio superior del globo, tú no podrás verlo, entonces reventarán esta cubierta que nos sostiene, ¡y estamos a tres mil pies de altura!

En aquel momento el más feroz de los pájaros se lanzó recto contra el *Victoria*, con el pico y las garras abiertos, dispuesto a desgarrar.

—¡Fuego! ¡Fuego! —gritó el doctor.

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras cuando el pájaro, tocado de lleno, caía dando vueltas por el espacio. Kennedy había tomado uno de los fusiles de dos cañones. Joe apuntaba con el otro.

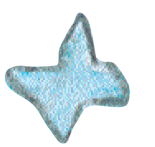
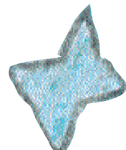
Espantados por la detonación los gipaetas se separaron un instante; pero casi inmediatamente volvieron a la carga, con un furor extremado. Kennedy, de un balazo, cortó limpiamente el cuello del más cercano. Joe rompió un ala de otro.

—Sólo once —dijo. Pero entonces los pájaros cambiaron de táctica y de común acuerdo se elevaron por encima del *Victoria*. Kennedy miró a Ferguson.

A pesar de su energía y de su impasibilidad, éste palideció. Hubo un momento de silencio terrible. Luego un ruido seco como de seda al



MARÍA ISABEL CARMONA ORTA (6 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO.

DAVID ANTONIO CASTAÑEDA (8 AÑOS), MÉXICO, D.F., (AZCAPOTZALCO).

desgarrarse se hizo sentir y el suelo de la cesta vaciló bajo los pies de los tres viajeros.

—¡Estamos perdidos! —gritó Ferguson fijando los ojos en el barómetro, que subía rápidamente. Luego añadió:

—¡Abajo todo el lastre, abajo!

En pocos segundos todos los pedazos de cuarzo habían desaparecido.

—¡Continuamos cayendo!... ¡Vaciad las cajas de agua! ¡Joe, me oyes!... ¡ Nos precipitamos en el lago!

ANA LETICIA ESTRADA CARVAJAL (10 AÑOS), ZAPOPAN, JALISCO.

Joe obedeció. El doctor se asomó. El lago parecía ir hacia ellos como una marea subiendo; los objetos crecían a ojos vistas; la cesta no estaba ni a doscientos pies de la superficie del Tchad.

—¡Las provisiones, las provisiones! —exclamó el doctor. Y la caja que las contenía fue echada por el espacio. La caída era menos rápida, pero los desgraciados continuaban cayendo.

—¡Echadlo todo! —gritó por última vez el doctor.

—¡Ya no queda nada más!— contestó Kennedy.

—¡Sí! —repuso lacónicamente Joe, persignándose rápidamente. Y desapareció saltando por la borda de la cesta.

—¡Joe, Joe! —gritó horrorizado el doctor.

Pero Joe ya no podía oírlo”. ♣


MARÍA ISABEL CARMONA ORTA (6 AÑOS), GUADALAJARA, JALISCO.

